



Ya no hay afuera

FACTOTUM
EDICIONES

Haidu Kowski

Ya no hay afuera / Haidu Kowski. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Factotum Ediciones, 2024.

224 p. ; 21 x 13 cm. - (Fictio)

ISBN 978-987-4198-54-9

1. Novelas. 2. Narrativa Argentina. 3. Literatura Apocalíptica. I. Título. CDD

A860

© Adrián Haidukowski, 2024

© Factotum Ediciones, 2024

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Primera edición, 2024

Coordinación y composición de interiores: Fernando Ozón Composición de

tapa: Fernando Ozón y Natalia Brega Corrección: Fátima Nieves García

Foto de tapa: Pixabay (intervenida)

Ilustración final: Sibel H.

Diseño de maquetura: Renata Cercelli

Asesor gráfico: Aldo de Losa

ISBN 978-987-4198-54-9

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Ya no hay afuera
Haidu Kowski

FACTOTUM
EDICIONES





FACTOTUM
EDICIONES

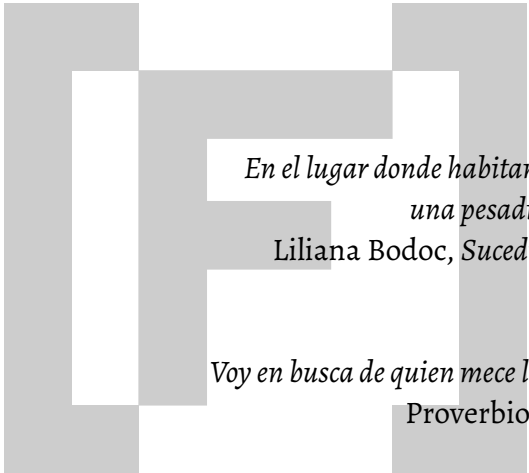


Para Sibel, compañera de apocalipsis.

FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES



*En el lugar donde habitan los sueños,
una pesadilla sonreía.*

Liliana Bodoc, *Sucedió en colores*

Voy en busca de quien mece la montaña.

Proverbio chuncano

FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES

Entre el afuera y la sangre

Ocho de la noche y, aunque la ciudad todavía funciona con normalidad, ya todos saben... Mi hermana, hace unas horas me dijo, llorando en una videollamada, que allá se están muriendo como moscas.

Ocupo los primeros minutos arriba del auto para hacer mentalmente un listado de las cosas que llevo, de lo que dejo, de lo que hay allá. Pienso en el palto, que quedó en la maceta junto a la única ventana de mi departamento de Paternal, listo para pasar a tierra, pero no en el auto donde acomodé las cosas como un tetris. Era una buena oportunidad para plantarlo en el monte, para ver si sobrevivía a la seca. Pero no puedo pedirle a mi hija que lleve una maceta encima durante ochocientos veinte kilómetros.

Al plasma, sin embargo, lo llevamos. Va agarrado con el cinturón de seguridad al asiento de atrás, como si fuese un tercer viajero, el hermanito que su madre y yo no le dimos a Hortensia. Y junto al plasma va ella, mi hija de nueve años.

Hace cuatro días que no sabemos nada de la mamá: no responde a los llamados, no le llegan los mensajes. Me prometí cuidar a nuestra hija y llevársela cuando todo se normalice. Con Paloma nos llevábamos horrible, pero hubo un acuerdo

tácito: frente a Hortensia seríamos amorosos, comprensivos y siempre con una sonrisa.

—¿Por qué no podemos despedirnos de mamá? —pregunta Hortensia.

Le digo, le miento —detesto mentirle a mi hija—, que está trabajando, lejos.

—Pero... papi, ¿no podemos esperarla unos días?

—Es mejor esperar allá.

Por cábala no me gusta decir cuánto tiempo nos va a tomar el viaje. Si todo sale bien, llegaremos de madrugada.

Decidí vivir en el monte antes de que la aglomeración en la ciudad se tornara peligrosa. La gente de pueblo chico hace sinapsis ante los acontecimientos que rompen la rutina, la sinergia vuelve todo noticia; un boca en boca, en muchos aspectos, menos nocivo y apacible. Sé que no resistiría enclaustrado en el departamento de Paternal. Yo sería aquella noticia del padre irresponsable que termina por exponer a su hija. Prefiero el monte, lidiar con la sequía extrema, con el chusmerío, con las historias que se esparcen como un virus.

Ya lo dijo mi amigo Jacinto, el único chuncano sobrio: vivir en el monte no es para todos. Y no pienso decírselo a mi hija. Que lo vea con sus propios ojos.

Mientras cruzamos el límite de la ciudad con la provincia de Buenos Aires, le cuento a Hortensia sobre la primera vez que dormimos con su mamá en la casa del monte, doce años atrás. Escucha la anécdota sin decirme, a los gritos, que ya se la conté por lo menos una vez por cada viaje.

—Faltaban vidrios en algunas de las ventanas. Yo había visto la tormenta más temprano, en el horizonte, pero pensé que estaba lejos. Nos sorprendió a las tres en punto.

–A esa hora, dicen que si juegas a *Granny* en Roblox el juego te chupa y te quedas ahí para siempre escapando de la abuela asesina –acota. Me mira y asiente. En otro momento también le regalaría una sonrisa. Hoy estoy nervioso.

–Las tormentas en las sierras de los comechingones eran así: primero una brisa fresca que parecía calma, enseguida llegaba el viento helado, rayos horizontales, truenos, después el agua. Agua bien fría.

–Pero, papí, así son las tormentas en todos lados. Prometiste no hablarme como a una tonta.

–Está bien. Igual –le digo, dedo en alto, y ella me hace una seña para que me concentre en el camino–, aquella vez entraba agua por todos lados. Tratamos de meter toallas en los agujeros, pero fue peor. Estábamos bañados en agua helada, nosotros y la casa. Helada, Hortensia. Hasta se colaron dos murciélagos. Les puse nombre...

Hortensia se ríe a carcajadas, parece que llora, porque a los murciélagos los agregué en esta nueva versión.

–Ahí, cuando más mojado estaba, le dije a tu mamá que la casa algún día nos iba a servir como refugio contra el apocalipsis.

–Ah, okey, pensé que iba a pasar algo más.

Hortensia mira las luces de la autopista y parece hipnotizada. Unos segundos después, achinando los ojos, me pregunta:

–¿“Elapocalipsi” es como cuando atacan los zombies?

–Algo así. Pero solo existen en las películas.

–¿Vos no nos estás haciendo huir de mamá?

–¿Qué? –la pregunta me sorprende–. No, hija...

–Porque mamá no está más loca. Es normal.

–Sí, definitivamente... Yo nunca te diría eso.

–Antes lo decías, yo te escuché.

–No, hija, mamá es la mejor del mundo.

Extiendo una mano hacia el asiento de atrás y Hortensia me agarra fuerte. Y nos adentramos en la ruta, quizá pienso un poco más en lo que no pudo ser. Sobre todo, si acaso este es el último viaje.

Hortensia duerme hace rato. No sabe que la ruta está desierta, no sabe que estoy inquieto. No me gustaría quedarme dormido al volante. Manejar de noche siempre me gustó, pero esta vez no es siempre, esta vez convengo a quien sea de que manejar de noche es lo peor de la ruta, lo peor del volante. Fumo porro, tomo energizante; cuando me baja, como una manzana. Hago cambiar la química del cuerpo para permanecer despierto. Al rato, otro porro, chocolate y lo que hay en una bolsa repleta de golosinas, caramelos y frutas en el asiento del acompañante. Solo nos detendrá lo imponderable: la nafta, un meo, la policía, que ya me imagino cómo me mirarán si sucede.

Llegamos al límite con San Luis a las tres de la mañana. Afuera, ni los murciélagos. Hortensia bosteza y me pregunta, como contestándose, si trajo las cosas del colegio.

–Despreocupate, descansa.

Nos detienen, entonces, en el control policial de La Punilla. Me piden documentos. Miro a Hortensia por el espejo retrovisor y espero que no se den cuenta de que está atrás. ¿Por qué me preocupo por estar con Hortensia? Fumar me pone paranoico. Tengo domicilio en Traslasierra: me dejan pasar.

Llegamos a las siete. Ya aclaró el día. Once horas al volante. Noventa litros de nafta, una pequeña fortuna. Hortensia duerme. Lo primero que hago cuando bajo es ahuyentar a los pájaros matutinos con el ruido ráfaga de metralleta que hacen mis dedos. Después me paro sobre un tronco caído y veo, por sobre las copas de los árboles, arriba del filo montañoso, el

último suspiro del amanecer. Está fresco, estiro los brazos, la espalda y no tengo fuerzas para descargar el auto. Entramos y me tiro en la cama, que me espera igual desde hace cuatro meses, y el polvillo asfixiante no me importa porque en el camino ya pasamos por Sarmiento, que es la cuna del olor a podrido. Los espíritus de todos los pollos de esa granja asquerosa se meten en los autos.

Cierro los ojos, pero Hortensia me dice que tiene hambre, cosa que entiendo, y la convengo de que comamos algo calentito y después dormimos. Es un buen plan, pero para poder hacerlo tengo que sacar la garrafa –va por afuera, bien a la intemperie– y ajustarla. Es un tubo de cuarenta y cinco litros que parece que pesa más a medida que se vacía. Por el cansancio, la instalación me lleva tanto tiempo que al final vuelve el dolor de espalda.

Me hago un masaje con óleo de árnica y jarilla; no calma del todo, pero ayuda. Lo que sí me ayuda es la tintura madre que hago con mis plantas.

Mientras le preparo el desayuno a Hortensia se me ocurre que, por lo íntimo de la situación, bien podría enseñarle a que se lo prepare ella misma. Le pido que me mire con atención, que me imite. Le muestro cómo encender el fuego, lo repito tres veces para que vea, después le digo que lo intente y ella enciende el fósforo sin drama.

–Eso ya lo sabía –dice, pero se asusta por la pequeña llama y deja caer el fósforo.

–Vamos de nuevo, no pasa nada –digo con calma.

Un poco más segura, enciende otro.

–Ahora, la hornalla –le indico.

Gira la perilla, empieza a salir el gas y estira la mano que sostiene el fósforo con miedo renovado. El brazo avanza hacia la hornalla y ella tira el cuerpo para atrás.

–Dale, apurate que sale el gas. Dale, meté el fósforo.

Vuelve a dejarlo caer.

–Una vez más –le digo alentándola.

Repite el procedimiento y en el último paso duda, estira y saca, duda y sale gas.

–¡Encendelo, nena! –le grito y ella suelta el fósforo, que cae en cualquier lado. Se va corriendo a la habitación. Cierro la hornalla, decepcionado.

La primera lección del monte es toda para mí: bajar unas revoluciones. El contexto me lo hace notar. Mi hija –la versión conformista– sobre todo.

Pongo música en el parlante *bluetooth* y preparo el desayuno. La voy a buscar, me siento al borde de la cama y –mientras acaricio su pelo enmarañado– le explico:

–Papá de noche escribe. A la mañana tenés que dejarme descansar. Quiero que aprendas lo del desayuno, es solo práctica, pura repetición, ¿puede ser?

–Perdón –dice y se pone a llorar, ahora desconsolada.

Rodeo su cuerpo frágil, después la abrazo fuerte y así nos quedamos por un minuto y algo más. Me doy cuenta de que también estoy llorando, pero es porque necesito dormir. Le digo que no siempre es necesario pedir perdón; la mamá le enseñó que hay que pedirlo por todo, como si fuese parte de las cosas que hay que hacer sin pensar, como respirar, dormir o encender una hornalla.

Entre tostada y tostada me pregunta cómo le puse a los murciélagos:

–Sid y Nancy, chuncanos.

–¡Wow! ¡Qué hermosos nombres! Si es de noche y estoy durmiendo me despiertas, así los conozco.

–¡Claro!

–¿Chuncanos es el apellido?

—No, chuncanos son los que nacieron en el monte, nosotros no nacimos acá, pero lo siento propio.

Al fin me tiro un rato en la cama. No puedo relajarme, aunque ya no me duelen las piernas ni me tiemble el cuerpo ni sienta el pinzamiento en la espalda. Hay hormigas muertas en cada rincón de la casa, lo que no significa que la fumigación esté funcionando; son las hormigas vivas que descartan los cadáveres de sus compañeras. Cuando entré las vi, pero hice de cuenta que no, como si ignorar el problema fuera parte de la solución. Resuena entonces la voz de mi hermana, como hace años, cuando estaba presente en mi vida y, casi suplicando, me decía que no me hiciera el pavote, que dejara de consumir lo que fuera que estaba consumiendo. Lo orgullosa que se sentiría de mí ahora: yo, sacándome a mí y sacando a mi hija del desastre, antes de que el desastre nos agarre a nosotros.

Me duermo con la imagen de una hormiga que cae sobre la mesa de luz.

Me despierto a las tres horas. Es un día hermoso y me siento renovado. Salgo al parque y respiro el aire más rico del universo. Estiro los brazos al sol y sonrío. Llora, pero apenas. Me río por mi propio llanto. Hablo con Dios, para mí siempre anduvo por acá, dando vueltas por el monte; mi amigo Tato dice que está en el filo de la montaña, bien arriba, donde se pone peligrosa, donde abundan los riscos, los cauces secos y las cuevas. Festejo un rato sin Hortensia, un instante de libertad, y le pido a Dios, entonces, al menos una lluvia.

En el celular tengo muchos mensajes. Aviso que llegamos bien y mando fotos de Hortensia en la casa y en el parque. Mi hermana se pone feliz al saber que ya no estamos en la ciudad y mi vieja, que está en Mar del Plata con su marido, me dice



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

**Podés adquirirlo en www.factotumediciones.com
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?